



Y Jesús dijo...

EPISODIO 8 – JESÚS DESPRECIADO EN NAZARET

En el episodio anterior, vimos cuando Jesucristo estando en la sinagoga, leyó el pasaje de Isaías 61:1 y la primera parte del versículo 2. Este pasaje de la Escritura describe la misión de Su primera venida: traer salvación, sanidad y esperanza al mundo, pero el Señor detuvo la lectura abruptamente, justo antes de mencionar la segunda parte del versículo 2, donde se habla del *“día de venganza del Dios nuestro”*. ¿Por qué lo hizo? Porque esa parte no correspondía a Su primera venida. En ese momento, Jesús no estaba anunciando juicio, sino proclamando un tiempo de gracia. Su mensaje era de esperanza, de perdón y de restauración. El día de juicio vendrá en Su segunda venida, pero en aquel momento, Él estaba inaugurando la era de la gracia: el tiempo en que todos podemos acercarnos al Padre por medio de Él.

En el tiempo en que Jesucristo vino al mundo, estaba gobernando el imperio romano que se caracterizaba por ser sangriento y despiadado. Por esta razón, el pueblo judío anhelaba la llegada del Mesías, esperaban que viniera un libertador que destruyera a ese imperio y los liberara del yugo opresor, ellos querían ver cumplida, justamente, la parte del versículo que Jesús omitió en la sinagoga: *“el día de venganza del Dios nuestro”*. Esperaban juicio y venganza, pero lo que recibieron fue gracia y salvación. No comprendieron que, antes del juicio, debía cumplirse primero el mensaje de misericordia, perdón y redención. El Mesías no vino a condenar al mundo en Su primera venida, sino a salvarlo (**Juan 3:17**). Ese era y aún es el corazón del evangelio.

Para la lógica humana si alguien hubiera querido enfrentar a este imperio poderoso, como era el romano, tendría que haber sido un gran soldado o un revolucionario fuerte, alzado en armas, rodeado de un ejército dispuesto a luchar. Sin embargo, cuando Jesús terminó de leer aquel pasaje en la sinagoga, declaró que esas palabras se estaban cumpliendo ese mismo día. En otras palabras, les dijo: *“Yo soy el que han estado esperando”*. Pero al mirarlo, no vieron a un guerrero imponente, sino al hijo de un carpintero. Y en lugar de escuchar un mensaje de venganza, oyeron palabras de amor, perdón y salvación.

Jesucristo se estaba presentando delante de ellos, como el Mesías, el Ungido tan esperado y anunciado por los profetas del Antiguo Testamento, las personas en la sinagoga en un principio se maravillaron por sus palabras de gracia que salían de Su boca. Pero esa admiración duró muy poco. Enseguida comenzaron a murmurar preguntándose ¿luego Él no es el hijo de José? es decir, que rápidamente cuestionaron su origen, su educación, su familia y pasaron de la admiración al rechazo y a la incredulidad.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Cristo que conoce todos los pensamientos se anticipa a ellos y les dice lo que está escrito en **Lucas 4: 23- 27** “Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra. 24 Y añadió: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra. 25 Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; 26 pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. 27 Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio.”

Con estas palabras, Jesús les estaba dejando claro que Dios no está limitado por fronteras ni por nacionalidades. El Señor obra poderosamente tanto en Israel como fuera de él. Y muchas veces, la fe genuina se encuentra en los lugares menos esperados, mientras que aquellos que deberían recibir al Enviado de Dios: Su propio pueblo, terminaron rechazándolo por incredulidad y orgullo. **Juan 1:11** lo declara: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”.

Démonos cuenta que los de Nazareth no estaban dudando de la veracidad de los milagros que habían escuchado realizar Jesucristo en Capernaum. En realidad, lo que querían era que los hiciera allí mismo, en su propia tierra. Era como si dijeran: “*Si quieres que te creamos, demuéstalo aquí, haz un milagro para nosotros*”, Estos pensamientos lo que nos demuestra es que en sus corazones había orgullo. Si escuchaste el episodio anterior, Jesús vino por los quebrantados de corazón, los cautivos, los ciegos y los pobres de espíritu que saben que necesitan de un Salvador y ruegan para que Dios tenga misericordia. Jesús sabía que ellos no iban a reconocer su pobreza espiritual y por eso Jesucristo no realizó un milagro en ese momento, porque los milagros no salvan, muchos han recibido un milagro de parte de Dios, por ejemplo, una sanidad cuando los médicos habían dicho que no había cura, o Dios envió provisión en medio de una crisis cuando nadie más podía ayudar y aun así, no entregaron sus vidas al Señor, ni le dieron la gloria, recordemos lo que pasó con los diez leprosos que a todos los sanó pero solo uno regresó, adoró a Jesús y fue salvo.

Por la dureza de sus corazones, Jesucristo les recordó dos ejemplos muy claros: los profetas Elías y Eliseo, quienes en su tiempo tampoco fueron bien recibidos por el pueblo de Israel. Recordemos un poco de ellos:

En la época del profeta Elías, reinaba Acab, un rey que hizo lo malo ante los ojos de Dios, tenía una esposa llamada Jezabel, una mujer malvada y pagana, ambos adoraban a un demonio llamado Baal junto al pueblo de Israel, por lo que el cielo se cerró por tres años y

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

medio lo que ocasionó una sequía y hambre en la tierra como juicio de Dios. En medio de la crisis, las viudas israelitas estaban muy desprotegidas al borde de la muerte; sin embargo, Dios no envió a Elías a ninguna de ellas, sino que lo envió a Sarepta de Sidón precisamente de donde era el padre de Jezabel para ayudar a una mujer gentil, ignorando a las viudas de Israel. A esta viuda ya Dios le había dado la orden de sustentar a Elías, a pesar de que sabía que lo que iba a cocinar era lo último que tenía como alimento para ella y su hijo; sin embargo, fue obediente y sin pedir un milagro a cambio, confió en Dios y en Su poder; ¿qué trajo como resultado? su barril nunca estuvo desocupado. Ella admitió su pobreza espiritual, se veía así misma, pobre, cautiva, oprimida, era realista de su condición y fue precisamente esa humildad la que abrió la puerta para que el poder de Dios se manifestara en su vida.

El segundo ejemplo fue el profeta Eliseo; en su tiempo continuaba la adoración a Baal, y aunque había muchos leprosos en Israel, ninguno fue sanado; Sin embargo, Dios obró de manera sorprendente con Naamán, quien era el general del ejército del rey de Siria, pueblo enemigo de Israel. Este hombre había contraído lepra y, en medio de su desesperación, recibió un consejo de una sierva que tenía en su casa quien le habló de Eliseo, y le aseguró que él podía ayudarlo. Naamán, movido por esa esperanza, buscó al profeta Eliseo quien le dijo que para ser sano debía sumergirse siete veces en el río Jordán, el mismo río que años más tarde Jesucristo se bautizaría, y aunque en un comienzo no le gustó la orden, fue obediente y su lepra desapareció, su piel quedó como la de un niño, de esta manera terminó reconociendo que no había otro Dios en la tierra sino el Dios de Israel.

Estos dos ejemplos que dio Jesucristo por supuesto que no les agradó a los judíos, al contrario, se enojaron por sus palabras, el orgullo dominó sus corazones, porque ellos se consideraban los escogidos, el pueblo del pacto, la descendencia de Abraham. Fue tal su furia, que intentaron llevar a Jesús hasta un monte en Nazaret, donde había una pendiente, con la intención de arrojarlo por allí. Pero milagrosamente no pudieron hacerle daño, y el Señor, en su autoridad, simplemente pasó en medio de ellos y se fue de aquel lugar.

Dios tiene muchas bendiciones para nosotros y la mayor de ellas es la salvación de nuestras almas, pidámosle a Dios que nos rebele nuestra miseria, nuestra verdadera condición, nuestra pobreza espiritual, para que aprendamos depender totalmente de Él. Porque si endurecemos el corazón, si rechazamos y despreciamos a Cristo tal como ocurrió con los de Nazaret, Jesucristo se apartará, y esas bendiciones serán entregadas a quienes sí están dispuestos a recibirlas, a quienes decidan abrir las puertas de su corazón, a aquellos que quieran sujetarse voluntariamente a Su Señorío.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Estamos en el tiempo de la gracia de Dios, hoy la puerta sigue abierta. Escuchemos la voz del Espíritu Santo y corramos con decisión a los pies de Cristo. Él nos espera con Sus brazos extendidos para transformar nuestra vida y colmarnos de Su amor eterno.

Amigos hemos llegado al final de este episodio. Te invito a que sigas acompañándome en estos estudios, porque cada enseñanza de Jesús trae luz y bendición. Apóyanos compartiendo estos mensajes para que más corazones conozcan del Señor. Te invito a que visites nuestra página web: “**yJesUSDijo.com**” y a que te suscribas a nuestro canal de YouTube. Recuerda: **¡Si Dios está contigo... es suficiente!** Hasta una próxima oportunidad. Bendiciones.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**